

II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 1995.

Una Visión Acerca de la Muerte. .

María Antonieta Benavente Aninat.

Cita:

María Antonieta Benavente Aninat. (1995). *Una Visión Acerca de la Muerte. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ii.congreso.chileno.de.antropologia/50>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e7nO/cua>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UNA VISIÓN ACERCA DE LA MUERTE

María Antonieta Benavente Aninat

RESUMEN

El tema de investigación acerca del Cementerio General de Santiago de Chile, nos ha motivado a replantearnos desde una perspectiva teórica los problemas del hombre y su relación con los aspectos ideales de la cultura. En este sentido, pensamos que una manera de acercarnos al sistema de creencias es a través de los aspectos que dicen relación con la funebria. Estos se ven reflejados en su totalidad en los cementerios, campos santos y panteones.

El cementerio por tanto sintetiza y es una reducción simbólica de la sociedad total, es por tanto una institución cultural, en la que se conservan los restos y también el espíritu de los seres humanos. Por tanto, es un espacio abstracto dedicado al que se muere y un espacio concreto para los vivos. Son obras de las comunidades a que pertenecen, tienen con ellas grandes semejanzas y con sus habitantes estrechas relaciones, producto de su inspiración e idiosincrasia.

Por lo anteriormente expuesto, es nuestro interés aproximarnos al 'problema de la muerte' como un elemento constante que está presente en toda sociedad. Analizaremos conceptos tales como morir, muerte como tránsito, bien morís, la muerte del otro, como también todos aquellos aspectos que se relacionan con el ritual mortuorio y funerario.

Por último, deseamos destacar que nuestro planteamiento tendría siempre en perspectiva la dimensión histórica del problema.

PLANTEAMIENTO

La muerte es un de los acontecimiento universal. El ser humano es un ser nacido para la muerte. De hecho la vida y la muerte, aunque antinómicas, son aspectos indisolubles. El hombre a través de sus tradiciones culturales prolonga su vida incluso después de muerto. Esto lo hace a través de una parafernalia apropiada que caracteriza lo que él fue o reflejó durante su vida, cosa que se manifiesta en el último lugar de descanso como es el sepulcro. Así,

"Si durante nuestra vida luchamos por rodeamos de todo lo superfluo, la muerte nos permite soñar con la inmortalidad y deseamos encargar la realización de la mejor obra para depósito de nuestros restos. La muerte es el momento que nos proporciona la gran oportunidad de perpetuar nuestro último acto como consumidores. Hay que escoger la obra que nos ganará un sitio en la posteridad. La muerte se convierte en el espejo que refleja las vanas gesticulaciones de nuestra vida" (De La Torre Salcedo, R, 1987:265).

Es una preocupación asimilada a través de los tiempos por parte de la humanidad, tanto el hecho de enterrar a sus muertos como el sepultar sus pensamientos acerca de la muerte.

"A pesar de su familiaridad con la muerte, los antiguos temían la vecindad de los muertos y la mantenían aparte. Honraban las sepulturas, en parte porque temían el regreso de los muertos, y el culto que consagraban a las tumbas y a los manes tenía por objeto impedir a los difuntos "volver" para perturbar a los vivos.....La morada de los unos debía estar separada del dominio de los otros a fin de evitar cualquier contacto, salvo los días de los sacrificios propiciatorios" (Aries, P 1992:33).

El hombre integra la muerte a su sistema cultural, y a través de los conceptos, ritos y creencias la formaliza. La sitúa en todas partes, la imita ritualmente, en el fondo la traspasa y trasciende a través de un juego complejo, apropiado, lleno de símbolos.

La muerte ha permanecido a través de los tiempos en un lugar privilegiado en la cultura y que se ve reflejada en las costumbres y mitos que las sociedades mantienen.

"Esta idea de que los antiguos enterraban a sus muertos en sus propiedades persistió hasta el siglo XVIII, y a imitación de lo que se creía costumbre antigua se recomendaron entonces las sepulturas privadas. En la Edad Media, esta forma de inhumación parece condenable" (Aries, P 1992:42).

Diversas obras han descrito por ejemplo que lo fúnebre y lo lúgubre, son consideradas características propias de la muerte y que lo fantástico, lo demoníaco, lo infernal, son características del más allá. Ambos aspectos poseen sus propias formas de reflejarse en lo estético a través de técnicas, símbolos y elementos.

Un elemento que tiene relación con respecto a la muerte es el aspecto económico, que muchas veces se ven sobrepasado por el mercantilismo que hay detrás de él. Aquí los funerales y los ritos son escamoteados; la acumulación de cadáveres se vuelve molesta y los cementerios vienen a constituir problemas de gran complejidad para los arquitectos y urbanistas.

PROBLEMAS QUE SE NOS PRESENTAN....

¿Como se ha abordado este problema? ¿Que ha pasado a lo largo de la historia?

"Un autor del siglo XVI reconoce que los cementerios no son simples sepulturas y almacenes de cuerpos muertos, sino que antes son lugares santos o sagrados, destinados a las oraciones por las almas de los difuntos que en ellas reposan; lugares santos y sagrados, públicos y frecuentados, y no impuros y solitarios. La oposición antigua de lo muerto y de lo sagrado, por tanto, se había borrado menos que invertido: el cuerpo muerto de un cristiano creaba por sí solo un espacio, sino completamente sagrado, al menos, según el distingo de Durand de Mende en el siglo XVIII, religioso" (Ariés, P 1992:42-43).

Hasta el Siglo IV los entierros se ubicaron en el exterior de los poblados y es a partir de los concilios eclesiásticos se decretó que es la Iglesia y su espacio circundante el lugar obligado para enterrar a los difuntos. A pesar de esto siempre se dejó en claro a través de algunas disposiciones que debían favorecerse lugares especiales en el interior de las Iglesias para sacerdotes, monjes, obispos y ciertos laicos que mantuvieran un privilegio en la sociedad. Esta práctica fue consuetudinaria hasta avanzado el siglo XVIII.

Desde esta perspectiva podríamos señalar que socialmente la "función cementerial" daba comienzo al interior de la Iglesia, en sus muros continuando más allá de sus muros perimetrales. La función de la Iglesia por tanto no se limitaba sólo al edificio, sino que incluía circundante.

Así las costumbres de la época definen a las Iglesias parroquiales,

"...a saber la nave, campanario y cementerio. El cementerio propiamente dicho, en sentido restringido, era por tanto simplemente el patio de la iglesia: atrium id cimiterium... Aître (atrio) y chamier (canario) son las palabras más antiguas que designan el cementerio en la lengua hablada. La palabra de cementerio perteneció preferentemente durante mucho tiempo a la lengua docta de los clérigos: una palabra griega latinizada" (Ariés, P 1992: 51).

El cementerio medieval mantiene una función doble: la de atrio y patrio. El primero de ellos se localiza junto al muro perimetral de la iglesia que circunda al patio donde se encuentran las galerías, capillas funerarias y osarios. Entre ambos espacios se sitúan algunos árboles y hierbas, los que daban lugar también a:

....."monumentos de uso litúrgico, cruz, altar, púlpito de predicar, linterna de los muertos, que dejaban descubierta y desnuda la mayor parte del patio interior. Ahí es donde se enterraba a los muertos pobres, a aquellos que no pagaban los elevados derechos de la inhumación en la iglesia o bajo los chamiers" (Aries, P. 1992:55).

Estos dos espacios divididos atrio y patio pervivieron hasta finales del XVIII, existiendo conjuntamente cementerios de dimensiones mayores, cerca de las Iglesias y otro en el interior del espacio eclesiástico. Por tanto, este espacio tan amplio era en ese entonces el centro de la vida social de la comunidad, manejado por la autoridad eclesiástica. Correspondía a la idea de "forum", de plaza pública, pero destinado al espacio reservado a los muertos. Teniendo el concepto "cementerio" dos sentidos, siendo sólo uno el que ha permanecido hasta nuestros días.

"El primer sentido no funerario de la palabra cementerio fue, por tanto, el de un lugar de asilo en torno a la iglesia razón por la cual se celebraban fiestas y mercadillos en el cementerio, motivo por el cual el lugar era destinado sólo a los países, no para la gente 'distinguida'".

Esta función de asilo cambia la concepción de cementerio en un lugar de encuentro dentro del cual se enterraba. Era un lugar público, donde se realizaban reuniones y cumplía también con labores de feria y mercadillo. Era en síntesis un lugar donde incluso se paseaba. Por estas razones podríamos agregar que era el lugar deseado para ser sepultado; no olvidándonos inclusive de las disposiciones que mantenía la Iglesia en relación al espacio donde se debían enterrar a los difuntos.

En general a través de los tiempos y principalmente a partir de los siglos XVIII y XIX se produjeron una serie de cambios, las pompas fúnebres se transformaron en servicios tanatológicos, se crearon complejos sistemas funerarios, la Iglesia levantó sus prohibiciones respecto a la naturaleza de los entierros, legisló el tipo de inscripciones funerarias, se ha creado toda una clase de epitafios, la literatura ha influido a través de sus textos, los signos y símbolos se han traducido en contextos adecuados. A fin de cuentas, lo que ha hecho la sociedad toda es recordar el problema de la muerte.

La percepción del hombre respecto a su muerte y la del otro, es producto de sus propios valores y los de su sociedad. Es decir ésta no viene solamente de su propia preocupación, sino que es parte de su ideología y de la del grupo al que se integra. Su creatividad así vista es fragmentaria, no olvidemos que el hombre es un "homo faber", un constructor, un manipulador, es el "único animal" que entierra a sus muertos. A través de ello lo que el hombre realiza no es otra cosa que reintegrar su vida a la perpetuidad de su propia existencia. En este sentido el ser humano mantiene algunas constantes, como son el horror al cadáver, la asociación existente entre la muerte y la iniciación, la muerte maternal, el lugar de la muerte, la muerte en el arte y el arte ante la muerte y las relaciones entre muertos, vivos y el contexto social.

Trataremos al respecto de hablar de la muerte en plural. Como parte de algo institucionalizado que está normado por un conjunto de valores y tradiciones, que conducen al hombre a enfrentar el problema como un proceso de cambio, en el cual se visualiza como éste mantiene sus restos. El hombre termina este proceso con la elaboración de un objeto. Este objeto simboliza a un grupo; se preserva a través de todos los tiempos, ya que la obra maestra del hombre es perdurar. Problema cuyo único fin es reposar, está rodeado generalmente de un clima de clandestinidad, de ocultamiento y de un fetichismo disfrazado.

El mundo es para la humanidad una fuente importante de su imaginaria y en este sentido es de donde extrae significantes, pero también donde lee sus signos. Esta relación influye sobre su conducta, logra entretener una compleja trama conformada de experiencias simbólicas; donde la muerte en sí misma tiene un carácter temporal y metafísico, que se plasma en un cadáver, en un panteón, en un cementerio.

La muerte despierta en el plano de la conciencia individual y colectiva un conjunto complejo de representaciones (sistemas de creencias, valores y símbolos), provoca diversos tipos de comportamientos en los individuos (conductas, ritos). Ambos aspectos son codificados de forma rigurosa en los diversos lugares y a través de los tiempos. La tipología de las formas del morir o de los difuntos, la

significación del deceso y de los ritos funerarios, el tratamiento de los cadáveres y osamentas, las diversas conductas hacia los lugares de depósito de los cadáveres, la parafernalia que acompaña a la "profesión de la muerte", como son los fabricantes de sepulcros, ataúdes, panteones, sepulturas, constituyen todos hechos socioculturales, en general procedimientos que tienen "múltiples lecturas" y que en síntesis enriquecen el saber cultural y estético del hombre.

En particular existe un tema que merece nuestra atención. Es la dimensión social de la muerte individual y su relación con los hechos sociales, ya se trate de instituciones, de culturas o de sociedades propiamente dichas.

Entre algunos grupos, la etapa final de la muerte se produce cuando el esqueleto ha desaparecido, o la familia del difunto se extingue, o por haber perdido el recuerdo del muerto ya no se hace ningún sacrificio por él, o los recursos requeridos para mantener su recuerdo no se poseen. Es fácil comprobar en los cementerios hasta que punto a pesar del peregrinaje que las gentes realizan, la mayoría de los difuntos han dejado de ocupar la conciencia de los supervivientes. Sin embargo, muchos escapan a esto sobre todo los "muertos célebres"; los que mediante la existencia de un monumento o el nombre de una calle, perviven y logran conservar sus huellas. Los "campos santos", "cementerios", "panteones" son reflejo vivo de su permanencia; donde muchas veces el mismo tiempo, la historicidad y la importancia de esto en la sociedad, los hace permanecer vivos como el recuerdo de la tradición de un pueblo y sus valores.

Por otro lado la sociedad también considera "la muerte exclusión", son considerados aquí las personas a las que se les es difícil rendir culto, ya que sus tumbas permanecen anónimas o porque simplemente la sociedad los ha marginado. Como ya lo mencionamos pueden ser variables económicas, las que los han excluido de que persistan a través de "un objeto significativo", como es por ejemplo una simple inscripción en una tumba; o político religiosas que se han traducido en el surgimiento de los denominados "cementerios civiles", que han agrupado a los no católicos o "disidentes" durante el siglo XIX en Chile.

En suma, se podría señalar que además de no ser reconocida la muerte desde un punto de vista social, tampoco encontraremos en estos casos la "muerte biológica", ya que en fin de cuentas no está plasmada o no se ve reflejada o ratificada en la tumba pertinente y en los cementerios.

Actualmente la muerte está "racionalizada", ya que la declaración del deceso en el registro civil es obligatoria, sufriendo en el fondo un "proceso de laicización" a través de una preocupación por desacralizar los ritos y las creencias mortuorias, sobre todo en civilizaciones occidentalizadas. Esto conlleva a la elección de un lugar neutral donde la sociedad sitúa a las personas sin discriminación alguna; a su vez en nombre de la higiene pública se toman una serie de determinaciones, se dictan leyes precisas respecto a la naturaleza que deben poseer los lugares mortuorios, se fijan normativas modernas.

En fin, ya se trate de representaciones, patrones de definiciones de funciones y reglamentaciones, la sociedad ha marcado profundamente con su importancia todo lo referente a la muerte, al punto de hacer de ella un hecho social por excelencia. En este sentido, por ejemplo, la construcción de la sepultura es una actitud específicamente humana así como el lenguaje; ya que a fin de cuentas, de un modo u otro, al preservarse el lugar del entierro y de su diversificada forma, trata de comunicar algo al mundo de los que quedan vivos.

La relación entre los hombres y la muerte da a los objetos una especial significación, pasan éstos a tener un status particular, especialmente los que han tocado de cerca al individuo y su quehacer en la vida. Estos se convierten en signos en potencia que sustituyen su utilidad inicial, se transforman y permanecen intangibles en las necrópolis, cementerios y tumbas. De ahí la diversidad de estos objetos funerarios que se manifiestan artísticamente y que se rigen bajo ciertos patrones normativos, los que tutela la tradición que mantiene la población y que se traduce individualmente a través del artista. Este último mediante un contexto apropiado acorde a lo "mortuario", caracteriza, es decir identifica el quehacer y sentimiento del propio individuo. A pesar de que en este último aspecto, podría decirse que

existe una "modernidad técnica", acorde a los tiempos sociales de cada grupo, siempre hay ciertos cánones "estéticos" y "simbólicos" acerca de la muerte que son constantes.

En ciertas sociedades es frecuente que esta "nueva casa del difunto" sea el signo y por ende la consecuencia de lo que la persona fue o hizo en vida, lo que se transforma y pasa a ser correspondiente con la "anomia de la muerte". Incluso muchos de ellos pasan a ser una especie de "fetiches", convirtiéndose en verdaderos signos, potencias que sustituyen a lo largo del tiempo su utilidad inicial. Por ejemplo, citemos el caso de fotografías, placas, medallones con retratos, muñecas. Captados por algunas sociedades bajo la forma de ancestralidad y que en otras se manifiestan bajo una "modernidad técnica".

Estos "objetos funerarios" pueden considerarse por su función práctica, religiosa, técnica, cultural y social como aspectos interrelacionados, los que mueven una cadena infinita de significantes, son repetitivos o sustitutorios en algunos casos, pero se mantienen a lo largo de la historia ya que son trasladados más allá de la muerte. Aseguran a la sociedad y a los hombres la continuidad de la vida.

"En nuestros días, se predica el respeto por el cadáver porque respetamos la memoria de los difuntos y hay una incompatibilidad entre una actitud irrespetuosa con respecto al cadáver y un sentimiento real de piedad hacia su memoria". (Dierkens, 1966:141).

Diríamos que esto no es un pensamiento actual, sino que ha sido una constante a través de los tiempos. Es lo que se denomina tradición y que es una de las características del hombre y de las sociedades cualesquiera que éstas sean. Al respecto las tumbas, panteones, reliquias y monumentos son simples huellas materiales portadoras por largo tiempo del recuerdo; son aspectos que coinciden con la creencia en la destrucción natural del ser, de la persona y por esto el individuo lo que hace a través de la muerte es permanecer.

Así los panteones y cementerios, representan lo que podríamos denominar "la muerte del otro". En el fondo reflejarán los sentimientos del otro personaje respecto del individuo que muere, lo que se traducirá en toda una parafernalia ad hoc, traducida en función o que por lo menos trata de hacerlo, de lo que posiblemente era el individuo en vida, aspecto sintetizado a través de un conjunto de signos y estilos representativos de los tiempos.

La muerte también se "cosifica" en los cementerios. Muchas veces los individuos se ven adornados con todas sus virtudes, se potencia a través de lo ritual y se refleja en lo material de los "objetos" que lo acompañan para siempre.

La muerte y lo que a ésta la rodea suscita una serie de actitudes y comportamientos los que se traducen en una serie de manifestaciones significativas. Una de estas actitudes es la connotación que se le da al cadáver cuando se evoca la muerte, en este sentido se piensa muchas veces más en el esqueleto que en el cadáver. Sin embargo, es curioso que en la mayoría de las "obras" dedicadas a dilucidar el problema de la muerte se "escamotea" sistemáticamente al cadáver. Pero a su vez podríamos mencionar que son múltiples los símbolos que ligan este aspecto con mitos y tradiciones. Al respecto hay un hecho que no deja de impresionar a pesar de la desigualdad del destino que aguarda a los diversos cadáveres, ya sean ricos o pobres, aceptados o rechazados por el grupo, en general sujetos socialmente valorados o reprobados; siempre se impone la noción de "unidad y de "identidad" del hombre.

En este último sentido "los cementerios" cumplen un papel episódico permanente en la cultura. El cementerio es un lugar simbólico de múltiples significaciones. No es solamente un terreno donde están juntos los árboles, los cercos vegetales y las piedras, sino también una representación de los panoramas y los sueños que el hombre lleva en su corazón, y que está lejos de poder formular. El cementerio es un símbolo cargado de emociones que provoca tanto la tristeza y la melancolía como la reflexión y calma. Pero es también un símbolo espiritual complejo que procura y expresa lo que el hombre ha experimentado y experimenta todavía a diferentes niveles. Desborda una nueva connotación acerca de la muerte al tratar de sobrepasarlo como un lugar de piedad y considerarlo a su vez como un lugar de paseo.

En otro sentido también es el ámbito del destino de los "muertos honrados" y los "muertos reprobados". Si unos tienen derecho al panteón, otros son llevados anónimamente al sector de los condenados socialmente, en general estos últimos lugares son "despojados y grises como un acera". En otros casos se fijan los lugares tratando de guardar la imagen ideal acerca de la muerte. Es la actitud del "yacente", que espera con las manos cruzadas la vida o el tiempo que vendrá.

Pero es en la época romántica cuando se descubre la belleza original que impone la muerte al rostro humano, que se manifiesta en el "culto a las tumbas" y se soslaya el problema por el otro.

A través de la elección de una sepultura se racionaliza y se produce un proceso de "laicización" de la muerte.

"Es importante lograr que el cementerio, este pedazo de tierra donde, según la etimología, se duerme, no sea profano o considerado como tal; en cuyo caso es simplemente un depósito, un lugar de eliminación de una categoría particular de lo nocivo" (Auzelle, 1965:18).

Por el contrario, debe ser un lugar de recogimiento, lo que implica desde ya una reestructuración de conjunto. No hay que conformarse con una puesta en escena monumental, con un refugio para las familias y una oficina para el director. Es indispensable que diversos elementos funcionales encuentren lugar en la composición del cementerio, creando así el ámbito para las ceremonias que señalan y acusan la importancia de los ritos de tránsito. No son suficientes una sala que sirva para todos los cultos, elementos funerarios sobrios, discretos, elegantes, en armonía con el paisaje. Para alcanzar la autenticidad del carácter sagrado es necesario también que, como ocurría de un modo natural en los cementerios parroquiales, la comunidad de los muertos también está reunida allí. En este sentido el osario común, rodeado de un conjunto de osarios individualizados, permite no sólo acatar la legislación sobre la recuperación de las concesiones, sino también congregarse en un mismo lugar, aunque bajo formas diferentes, a las generaciones que se suceden en un mismo territorio.

De este modo el cementerio sería a la vez el lugar de las ceremonias fúnebres y de exposición del difunto, el sitio por excelencia de recogimiento y recuerdo y una obra de arte en relación con el misterio permanente de la vida y la muerte. Contribuiría a magnificar tal vez lo "sagrado profanizado" del mañana y que estaría plenamente de acuerdo con la noción de reposo y de paz.

Por tanto nuestros cementerios corresponderán a sitios donde además de la comodidad estarán contruidos con gran decoro y magnificencia y donde la idea de reposo también debe encontrar su expresión visual.

... "En cuya mansión de paz reposan nuestros padres, esposos, hermanos y amigos. Cuanta más suntuosidad se dé a estos lugares, más recordará a la posteridad el aprecio y veneración que merecieron los que allí descansan.... . A más de lo dicho la caridad cristiana impone también el deber de decorar nuestros cementerios con el mayor respeto, embelleciéndolos con los órdenes correspondientes de arquitectura....enlazados con jeroglíficos característicos de la inmortalidad y símbolos de la muerte. El ornato de la capilla, panteones y sepulcros que circunvalan su recinto, será proporcionado y análogo, como igualmente el aspecto exterior de su fachada y entrada principal, de modo que cada una de sus partes unidas con el todo, manifiesten a primera vista corresponder a un cementerio de una capital.

La firmeza de esta especie de edificios, por todos los títulos debe ser, la más perfecta, pues además de lo expuesta que está su fábrica exterior a la intemperie, debe transmitir a la posteridad de siglo a siglo el recinto dedicado al sepulcro de los muertos. Debe por tanto emplearse en su construcción piedra labrada de la mejor calidad en su totalidad, excepto las paredes interiores que podrán ser de buena y sólida mampostería o ladrillo; los adornos exteriores y urnas sepulcrales de mármoles y bronce dorados, según su clase; la capilla debe llevar preferencia, pues es el punto céntrico que debe tener la perfecta solidez en todas sus partes..." (Flores y Guerra, M 1982:108).

Como señalan diversos autores que la muerte es uno de los aspectos más importantes en la vida de los individuos, no ha existido nunca ninguna civilización en la que no se hayan realizado actos u objetos dedicados al hecho mortuorio y que son producto del inevitable hecho de morir.

Estos aspectos los encontramos "vivamente" reflejados en los cementerios, tumbas y esculturas dedicadas a lo fúnebre.

"Prueba de esto son la gran cantidad de monumentos mortuorios, en los que se rinde homenaje a la heroicidad del héroe muerto en combate; a la desolación familiar debida a la irremediable pérdida de uno de los abnegados progenitores, o a la pureza del alma de algún infante que voló al cielo limpio de culpa" (De la Torre Salcedo, R 1987:266).

En general todo un mundo iconográfico que responde a un conjunto de valores, ideas, tradiciones y creencias, reflejadas didácticamente y que nos permiten acercarnos a los aspectos simbólicos que las sociedades transmiten.

Son estos aspectos los que se interponen entre el hombre y las cosas, al adoptar entonces el enterramiento distintas formas que responden a determinadas características de la sociedad. Estas formas diferentes dependen claramente de la actitud que esa sociedad tenga hacia la muerte. Es importante entonces tratar de entender la actitud que mantiene el hombre con respecto a la muerte e interpretar su significado. Será el "contexto fúnebre" reflejado en los cementerios el que proporciona las claves de ese significado. Este significado se considera como un conjunto interrelacionado de aspectos funcionales (ritual fúnebre) el que refleja a su vez un contenido estructurado de símbolos e ideas.

Por tanto pensamos que no basta con decir que en una tradición cultural concreta la variabilidad del enterramiento se correlaciona con la variabilidad social y que el enterramiento se organiza por medio de una transformación cultura-naturaleza, sino que es necesario entender las actitudes de la comunidad hacia la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

Aries, Philippe, *Images of man and Death*. Cambridge, England, Harvard University Press, 1985, 272 p.

El Hombre ante la muerte. Madrid, Taurus, 1983, 522 pág.

Auzelle, R. *Dernieres demeures. Conception, composition, realization du cimetiere contemporaine*. Paris, R. Auzelles, edic, 1965.

Les cimetieres intercommunaux et le retour au sacré. En: Bulletin Soc. Thatanologie, 1973: N° 3.

Colin, M. "L'Anthropologie et la mort". En: *Mort et folié*. Perspectiva psiquiátrica. Paris, 1970, 28, N° 2.

Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alain. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona, Herder, 1988.

De la Torre Salcedo, Roberto. " Los cementerios y la arquitectura Kitsch". En: *Arte funerario. Coloquio Internacional de Historia del Arte*. México, UNAM, 1987, VOL 2, P 263-267.

Dierkens, R. *Les droits sur le corps et le cadavre de l'homme*. Paris. Masson, 1966.

Fulton, Robert; Markusen, Eric; Owen, Greg y Rene Scheiber. *La muerte y el morir. Desafío y cambio*. San Juan, Puerto Rico, Fondo Educativo Interamericano, 1981, 420 p.

Grof, Stanislav and Christina. *Beyond Death*. London, Thames and Hudson, 1990, 96 p.

- Hodder, Ian. *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona, de Crítica. 1988, 236 pág.
- Jaulin, R. *La mort sará*. París, Plon, 1967.
- Kirk, W and Macnulty. *Freemasonry. A Journey through Ritual and Symbol*. London, Thames and Hudson, 1991, 96 p.
- Litten, Julian. *The English way of Death*. London, Robert Hale, 1991, 254 p.
- Llewellyn, Nigel. *The Art of Death*. London, The Victoria and Albert Museum, 1992, 160 p.
- Male, Emile. *L'art religieux de la fin du siècle, du XVII siècle e du XVIII siècle*. Paris, s de, 1951.
- Meller, Hugh. *London Cemeteries*. London, Scolar Press, 1994, 352 p.
- Olea, Óscar. "Arquitectura funeraria hoy". En: *Arte funerario. Coloquio Internacional de Historia del Arte*. México, UNAM, 1987, Volumen 2, p 267-272.
- Ragon, Michel. *L'espace de la mort. Essai sur l'architecture funéraire*. Paris, Albin Michel, 1981. 340 pág.
- Reboul, H. *Le discours du vieillard sur la mort. L'information psychologique*. Paris, s de, 1971.
- Repulles y Vargas, E. María. *Panteones y sepulcros en los cementerios de Madrid*. Madrid, 1899.
- Ripa, Cesare. *Iconología. The Renaissance and the Gods*. Nueva York, Garland Public Inc., 1976.
- Saguar Quer, Carlos. *Arquitectura funeraria madrileña del siglo XIX*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1989 (tesis doctoral).
- Sales Meyer, Franz. *Handuch der Ornamentik*. Stuttgart, Parkland Verlag, 1993.
- Sauret, L. *Les cimetières - parcs*. Paris, de Thanatologie, 1970
- Vaquero Iglesias, Julio Antonio. *Muerte e ideología en Asturias del siglo XIX*, Madrid, siglo XXI, 1991, 418 pág.
- Vincent-Thomas, Louis. *Antropología de la muerte*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975. 640 pág.